

Tu aventura erótica comienza aquí...

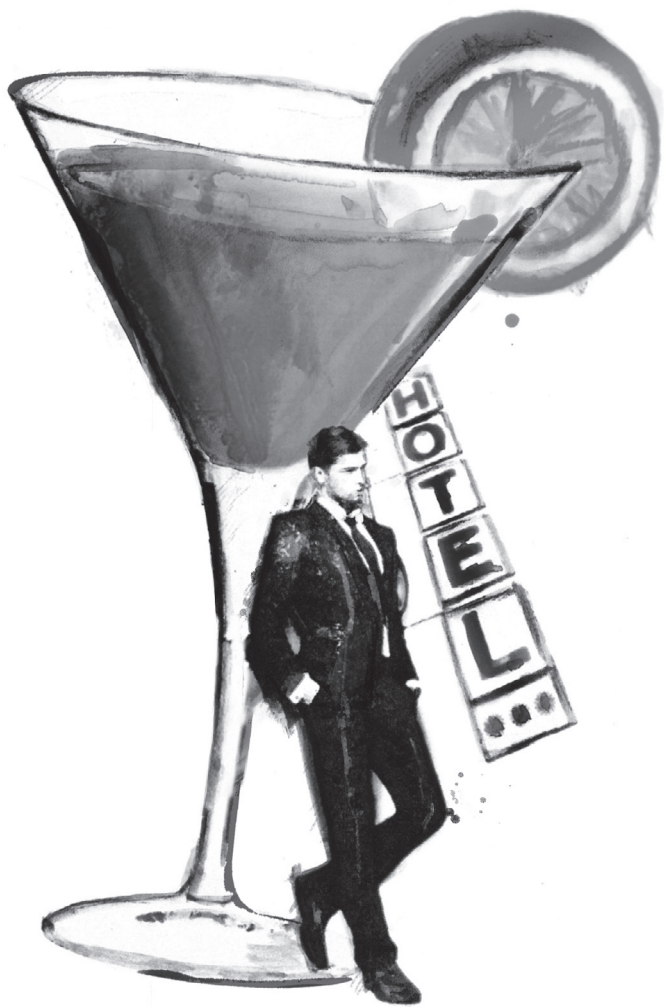
Bienvenida al apasionante y erótico universo de *Elige tus fantasías*, un mundo donde tú, querida lectora, eliges lo que sucederá a continuación.

A medida que la historia avanza, las aventuras más excitantes, deliciosas, sexis y completamente atrevidas te esperan tras cada una de tus decisiones...

Prepárate para tórridos encuentros con un hombre o una mujer, o incluso con ambos! En un hotel, en un casino de lujo, en un plató porno o en despedidas de solteros. Y si no te decides por ninguna opción, siempre puedes regresar al punto de partida y volver a intentarlo.

Recuerda que, incluso si eliges la sumisión, se trata de una fantasía y tú siempre tendrás el control.

Elige tus fantasías es una nueva clase de literatura erótica que le devuelve el poder a la lectora. Es una recopilación de relatos, con un argumento central y personajes recurrentes, donde la protagonista eres TÚ. ¿Dónde te llevará tu historia?



Plantada

Miras la hora en tu teléfono y te irritas al darte cuenta de que es la tercera vez que lo haces en diez minutos. La ventaja de aceptar una cita con el contable de tu oficina era esperar que sería puntual, ¿verdad? Si no fuera un final tan inesperado, te resultaría hasta divertido. Incluso una cita que aceptaste sin darle importancia ha generado una expectativa. Aunque la respuesta por defecto era un «no», respondiste «sí» para saber qué ocurriría si hacías lo contrario a lo que estabas pensando. Que te dejaran plantada no formaba parte de tus expectativas para esta noche.

Al menos escogió un lugar bonito. Es un bar moderno, con vistas a la ciudad y un suave murmullo de conversaciones discretas e insinuaciones íntimas. Una música clásica amortigua el tintineo de las copas y otorga refinamiento a las ocasionales carcajadas de un grupo de operadores de bolsa y de banqueros que han salido a celebrar sus éxitos.

Te sorprendió que te sugiriera ese hotel. Habías imaginado que él era de los que van a locales sucios y comen frutos secos de bolsa. De hecho, ahora te preguntas si en realidad no es que a él se le haya hecho tarde, sino que los presumidos porteros no le han dejado entrar.

Bebes el último sorbo de tu cóctel y te mueves con irritación sobre el taburete del bar, que raspa las patas de metal contra el suelo de mármol. El asiento se te clava en la parte de atrás de las piernas

en todas las posiciones que adoptas. Éste no es un lugar para estar horas sentada delante de una copa. Ya está. Cinco minutos más y te largas.

—Una botella de Moët para la habitación novecientos cuarenta y dos —dice una voz masculina a tus espaldas—. Y dos copas.

No necesitas darte la vuelta para saber que esa voz no pertenece a tu cita. Aunque ese tono profundo fuera el suyo, el contable no pediría champán ni habría reservado una habitación. Un perfume caro y sutil atraviesa la barrera de tu irritación y te sientas más recta, inclinandote instintivamente hacia él.

Algo se desliza por el respaldo de tu asiento y se apoya en la parte baja de tu espalda. Das un respingo cuando un dedo te recorre la columna vertebral, pero algo te impide levantar la mirada.

—Habitación novecientos cuarenta y dos —vuelves a oír, esta vez más bajo, de modo que sólo tú puedas percibirlo. Ahora sí te das la vuelta, pero el hombre que encaja con esa voz ya está saliendo del bar. Es alto y tiene buena planta; lleva un traje oscuro tan caro y de un corte tan elegante como la ropa del resto de la clientela del bar. Un hombre así estaría acostumbrado a tocar todo lo que quisiera.

Buscas detrás de ti y recoges el objeto que él dejó caer. Es un sobre. Tal vez se le cayó por accidente, aunque el roce que tuvo lugar antes fue muy deliberado. Miras a tu alrededor para ver si alguien está mirándote, pero no. El barman está ocupado llenando una cubitera de hielo y poniéndola junto a dos copas de champán en una bandeja.

El sobre tiene un grosor intrigante y está sin abrir. Antes de poder contenerte, levantas la solapa y la impresión casi hace que lo dejes caer sobre la barra.

Está lleno de dinero. El corazón empieza a latirte a mayor velocidad y echas otro vistazo. Una pila de billetes de veinte, nuevos y relucientes, demasiado gruesa como para que puedas contarlos a ojo.

Y, junto al dinero, hay un rectángulo de plástico negro que podría ser una tarjeta de crédito. Abres un poco más el sobre y ves que en realidad es una tarjeta llave de hotel. Probablemente de la habitación 942.

No estás segura de si sentirte ofendida o simplemente intrigada. O bien ese hombre tiene la costumbre de formular invitaciones pagadas a desconocidas en bares o piensa que tú eres otra persona. ¿Acaso tienes el aspecto de la clase de mujer que va a los bares a buscar clientes? Con tu vestido rojo ceñido y tus tacones negros, sola en el bar de un hotel, un miércoles por la noche, tal vez sí.

Viene un camarero y se lleva la bandeja con el champán. Se ha ido antes de que puedas pensar si no deberías poner el sobre en la bandeja para que se lo devuelva a su dueño. Podrías preguntarle al barman qué hacer, pero entonces sería posible que éste se quedara con el dinero y fingiera no haberlo visto jamás. Sería embarazoso admitir que te han confundido con una chica de compañía.

O podrías guardártelo. Ese dinero debe de equivaler al salario de dos semanas, como mínimo. Pero probablemente haya cámaras en el bar, y verte en las noticias, no sólo confundida con una prostituta sino robando dinero, sería muy embarazoso.

La manera más fácil de resolver la confusión es llevárselo tú misma a la habitación. ¡Tal vez hasta recibas parte del dinero como recompensa por tu honestidad!

Quizá deberías consultárselo al barman, antes de tomar una decisión de la que podrías arrepentirte PÁGINA 17

O...

Quien lo encuentra se lo queda.

Decides coger el dinero y huir rápido PÁGINA 21

Lanzándote directamente al meollo del asunto, decides devolver el dinero y vas a la habitación 942 PÁGINA 22

El bar

Te quedas sentada, mirando el dinero, unos cuantos minutos más, mientras reúnes el valor para preguntarle al barman qué hacer. Es difícil lograr que te mire porque está ocupado con una chica que acaba de sentarse en el otro extremo de la barra. No se te ocurre cómo plantárselo y lo ensayas mentalmente un par de veces, hasta que finalmente te presta atención.

—¿Qué te sirvo?

—Me preguntaba si recuerdas al tipo que estaba aquí hace un rato.

Él se limita a mirarte y tú te retuerces interiormente, sintiéndote una idiota. No ha sido una buena pregunta, desde luego. Han pasado bastantes tipos por ahí: es un bar.

—El que pidió el Moët —añades. Suenas como si quisieras que él te lo presentara.

—Ah, sí, ese tipo.

Sus ojos recorren el bar como un hábito automático, para ver si hay alguien que quiere que le sirvan algo en lugar de hacerlo actuar de Cupido.

—Se dejó algo y no estoy segura de cómo devolvérselo. —Él vuelve a centrar su atención en ti, pero sigue en el típico modo cortés de «atención al cliente».



—De acuerdo. ¿Quieres que yo coja eso que se ha dejado y que lo entregue en recepción?

—Bueno, eh... es que... eh... —A pesar de los ensayos no puedes pronunciar palabra, así que le enseñas el sobre y su contenido desde tu lado de la barra.

Él hace una mueca y te habla directamente por primera vez.

—Ya veo. Bien, creo que sé a quién estaba destinado eso. Y me doy cuenta de por qué terminó sobre tu falda.

—¿En serio?

—Mira. —Señala con un movimiento de cabeza el otro extremo de la barra. Recorres la sala con la mirada, discretamente, y ves a la chica a quien él estaba atendiendo antes. Su color de pelo es idéntico al tuyo y se ha quitado el abrigo oscuro, dejando al descubierto un vestido rojo. Ahora lo entiendes. No es que parezcas una prostituta. Es que te pareces a esa prostituta en concreto. Un hombre no notarías, ni siquiera distinguirías, que tú llevas el pelo más corto o que su vestido es mucho más caro que el tuyo. No te sorprende que pueda permitírselo, a juzgar por el grosor de ese sobre.

Piensas en lo que te comprarías si tuvieras tanto dinero. Tal vez podrías seguir a esa mujer cada noche, poniéndote versiones más baratas de su ropa y huyendo con el dinero.

—Entonces, ¿quieres dármele? —repite él, interrumpiendo tus ensañaciones.

—Eh... No, gracias. ¿Sabes qué? Creo que se lo entregaré yo misma. —Sonríe—. Después de que termine mi copa.

—Ningún problema. En la recepción te ayudarán. —Otro cliente le llama la atención y se va a servirle.

Tu mente empieza a trabajar a toda velocidad. Podrías acercarte a esa mujer y darle el dinero directamente. O podrías fingir que lo vas a entregar en recepción y escapar. Como si fueras de la pandilla nocturna de Robin Hood. Después de todo, es obvio que tanto ella como el tipo de la habitación 942 tienen mucho dinero y lo usan ilegalmente. ¿Por qué no deberías quedártelo? Quien lo encuentra se lo queda y todo eso. Además, tampoco es que lo hayas encontrado, sino que te lo han dado.

La única manera de resolver de verdad este misterio es devolviéndole el dinero a la chica del vestido rojo, así que te acercas a ella **PÁGINA 185**

O...

*Decides arriesgarte y quedarte con el dinero.
Huyes rápidamente...* **PÁGINA 203**

*Tal vez no fue una buena idea hablar con el barman,
así que vuelves sobre tus pasos* **PÁGINA 13**